FIESTA DE PENTECOSTES

Vivir vida de fe para que el Espíritu Santo actúe
en el alma

Mayo, 16-1880

Mis queridas Hijas:

En el mismo sermón después de la Cena, dijo además Jesús: *Mi palabra es la verdad. La sola, la única, la gran verdad es el Evangelio, es la palabra de Nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien, nos ha prometido que el Espíritu Santo sería para nosotros un consolador, una alegría, un apoyo, que El nos recordaría todas sus palabras y nos revestiría de la fortaleza de lo alto. ¿En qué medida, hermanas mías, se han dado a conocer esos resultados en nosotras que hemos recibido todas el Espíritu Santo en el Bautismo, en los Sacramentos y de una manera muy particular en la Confirmación? Cada una de nosotras, en el día de Pentecostés, pide una nueva efusión del Espíritu Santo; pero ¿qué hace El en nosotras en relación con esta luz por la que nos*

hace conocer a Jesucristo, en relación con esta vida que se encuentra en las palabras de Nuestro Señor Jesucristo; con esta gracia que se tiene para recordar sus palabras, comprenderlas y ponerlas en práctica? ¿Qué es lo que el Espíritu Santo hace en nosotras desde el punto de vista de esta alegría que El difunde en lo íntimo del corazón y comunica a las almas de buena voluntad, en lo que toca a la santidad, que es su obra peculiar?

Son preguntas que podemos hacernos y si estas cosas no se realizan en nosotras podemos preguntarnos: *¿Es porque no cumplimos del todo las condiciones necesarias para que el Espíritu Santo pueda derramar en nosotras todas sus efusiones?; absolutamente, no; las cumplimos con una cierta medida, pero también con una determinada medida dejamos de cumplirlas y por esto sólo recibimos una parte de las gracias que el Espíritu Santo viene a traer a la tierra.*

Estoy con deseos de deciros hoy que la condición más necesaria y la que conviene más al alma religiosa es vivir de la vida de fe. En la medida que se vive la vida de fe, en esa medida se deja al Espíritu Santo actuar sobre el alma.

Propiamente dicho, la vida religiosa es una vida de fe, es una vida en que la fe es el principio que se alimenta de las palabras de Jesucristo que las recuerda todas y que todas las comprende; es una vida más apegada a las cosas de la fe que a las cosas de la tierra; el alma pasa por éstas, pero no se detiene.

No todas, hermanas mías, habéis entrado al mismo tiempo; permitidme deciros a vosotras que empezáis, que para penetrar en la vida de fe es necesario desprenderse de la vida de los sentimientos. Me diréis: *pero yo no vivo la vida de los sentidos*, lo creo. Sin embargo, ¿de dónde os vienen la mayor parte de las impresiones? ¿No vienen de lo que veis, de lo que oís, de lo que os sucede, de las cosas a las que estáis apegadas? San Juan de la Cruz decía que es necesario tratar de cerrar la puerta a las impresiones que vienen por los sentidos; que hay que procurar no detenerse en lo que se ve, en lo que se oye en este mundo: porque hay que borrar del alma todo aquello que produce alegría o pesadumbre, para que Dios pueda escribir en esta alma blanca, pura, y desasida de todas las impresiones terrenas. Cuando se entra en la vida religiosa hay que empezar por ahí.

Cuando se está ya más adelantada, hay que decirse: *¿me detengo todavía, en las cosas que me vienen de las criaturas todos los días?* Estas cosas son diversas; hay alegrías y hay penas. Y en primer lugar hay penas que son legítimas y el sentir las no se puede evitar, pero no dejan sitio a la vida de fe cuando se las permite en el alma una existencia permanente que conserva, que sostiene y hace volver sin cesar sobre esas cosas que son de la tierra. Después de cierto tiempo, hay que procurar elevar el alma hacia la eternidad y sólo ver esas cosas en el lugar que ocupan respecto de la eternidad. Por ejemplo, si se trata de muertes, hay que verlas en la esperanza, en la gloria, en la eternidad, y nunca del lado de la privación y de la separación, que tanto nos apena.

Hay otras penas que no son tan justas ni tan legítimas. Se tiene pena de ser tenido en poco; molesta el tratar con caracteres con los que no se congenia; se tiene pena cuando las cosas humanas no responden al éxito que hubiésemos querido; en fin, hay toda esa variedad de penas, que no son legítimas, como el pesar que deja en el alma la muerte de seres queridos. En medio de estas pequeñas contrariedades de cada día,

debe decirse: *He sido criada para cosas más altas; he sido criada para encontrar mi alegría y mi paz en lo que establece mi trato con Dios y constituye mi unión con El. Soy ya ciudadana de la eternidad.*

Al entrar en religión habéis dejado el mundo para consagraros a una vida cuya conversación debe estar ya en los cielos; a una vida donde vuestros deseos, vuestras esperanzas, vuestras alegrías y pensamientos deben dirigirse siempre hacia ese cielo. Por eso, la más pequeña falta que cometiereis debe ser para vosotras un pesar inmenso, mayor que cualquier contrariedad o dificultad que pudiereis encontrar en vuestra vida. La menor cosa que os separe de Dios, que le impida vivir en vuestra alma, debe causaros mayor pesadumbre que todas las pruebas que pudieran venir de este mundo. Ahí tenéis los grandes éxitos de un alma que ama a Dios. Y lo mismo ocurre con las alegrías.

Hasta para una religiosa hay vanas alegrías. Es una alegría vana aquella que procede de las cosas humanas que nos gustan. Es una alegría de este mundo aquella que se recibe por los ojos, por los oídos, por los sentidos. Y sabiendo rechazar esas alegrías inferiores y perecederas se encuentra la eterna alegría, la paz, la pureza, la unión con Dios, que procede del Espíritu Santo y que El quiere imprimir en las almas que encuentra desasidas de las cosas de este mundo.

Por consiguiente, hermanas mías, desprendámonos de eso, es necesario a todas: a las que empiezan y también a las que están más adelantadas. Aquellas que han vivido más tiempo en la vida religiosa deben haber aprendido mucho más a vivir la vida de fe; pero, para elevarse en esta vida, todas deben esmerarse en desarrollar lo que pertenece al orden sobrenatural; dar más importancia a lo que lleva al cielo; a todo lo que constituye vuestro trato interior con Dios; a lo que importa para vuestra oración, vuestra santificación y vuestra perfección en las virtudes.

Entregaos a menudo a la acción de Dios, estad en acecho para oír su palabra. Dios habla muy bajo y para oírle hay que separarse de los ruidos de la vanagloria mundana. Hay que proceder así para hacerse capaz de las efusiones íntimas y divinas, de donde procede la santidad. De la acción del Espíritu Santo sobre el alma dimana la santidad. Si estamos obligadas a ten-

der a la perfección necesitamos un medio, y ¿cuál será ese medio? Dejar al Espíritu Santo actuar en nosotras. Pero para que el Espíritu Santo obre en nosotras es necesario que no encuentre nuestra alma escrita con diversidad de palabras. Si nos dejamos invadir por las emociones y pensamientos de la tierra, por las alegrías, los asuntos y las contrariedades de este mundo, no encontrará el Espíritu Santo una página blanca donde pueda escribir su celestial doctrina y no encontrará un rincón silencioso en el que puede hacerse oír, ni siquiera un lugar donde El pueda imprimir su alegría, su fortaleza, su gracia, su santidad.

Sin duda, de nosotras depende, en parte, esta acción bienhechora del Espíritu Santo. Bien sé que nada podríamos si antes el Espíritu Santo no hubiese venido a nosotras para vigorizarnos. Ha venido por la gracia y por los Sacramentos, pero nada puede hacer en nosotras si no cooperamos a su acción. Sea nuestra primera cooperación elevarnos de esta vida terrestre y pasajera para situarnos bajo la influencia de este Espíritu Divino, a quien hoy pedimos una especial manifestación.